

Domingo XXIX. Año C

Lectio divina sobre Lc 18,1-8

Hay que reconocerlo: no nos resulta fácil rezar. En nuestra formación cristiana lo más que aprendimos fue unas cuantas plegarias de memoria, que repetimos con frecuencia, pero con las que no logramos ponernos en auténtica comunicación con Dios. Sabemos muchas oraciones, pero nos cuesta mucho orar. No nos faltan no solo palabras, también sentimiento, con las que dirigimos a Dios. No tenemos es un buen motivo que nos lleve a cultivar una oración frecuente. Y cualquier excusa nos parece suficiente para dejar de rezar. A veces, incluso, nos parece contar con buenas razones para no seguir rezando: puesto que rara vez conseguimos que Dios atienda nuestra necesidad, no nos sentimos obligados a presentársela de nuevo. Si nuestras súplicas resultan ineficaces alguna vez, es inútil continuar gastando tiempo e ilusiones; sólo merecería la pena pedir, si tuviéramos fundadas esperanzas de ser escuchados. Esta objeción, tan lógica, es común entre los discípulos de Jesús. Hoy el evangelio nos ha recordado que Jesús tuvo que animar a sus discípulos a rezar más, a rezar siempre. No parece que los discípulos de Jesús, tanto ayer como hoy, nos distingamos por nuestro entusiasmo en la oración.

En aquel tiempo, ¹Jesús, para explicar a sus discípulos cómo tenían que orar siempre sin desanimarse, les propuso esta parábola:

²«Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. ³En la misma ciudad había una viuda que solía ir a decirle: "Hazme justicia frente a mi adversario." ⁴Por algún tiempo se negó, pero después se dijo: "Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, ⁵como esta viuda me está fastidiando, le haré justicia, no vaya a acabar pegándome en la cara." »

⁶Y el Señor añadió:

«Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ⁷¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?; ¿o les dará largas? ⁸Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El texto evangélico es, básicamente, una parábola y su aplicación. Pero Lucas la ha introducido con una precisa indicación: con esa parábola Jesús *enseñaba a sus discípulos* (Lc 18,1). Estamos, pues, ante un acto magisterial para seguidores. Cuanto dice Jesús es lección restringida a unos cuantos, sus íntimos. No habrá que olvidar el detalle. Ni que el contenido de esa enseñanza no era que debían rezar, sino el *modo de orar* sin desalentarse.

Jesús cuenta la parábola del juez injusto – ¡vaya contradicción! (Lc 18,2-5) – para enseñar a sus discípulos no a rezar (que ya ‘sabían’, puesto que él ya les había ya enseñado a orar: Lc 11,1-13), sino a *cómo rezar siempre*, sin jamás descorazonarse. Eso es, al menos, lo que anota Lucas. Y con ello está dándonos la clave para interpretar la parábola.

Con todo, no lo hace del todo bien. Pues dota a la narración parabólica de una aplicación final que va más allá de una mera exhortación a la oración continua (Lc 18,6-7). Aparecen dos elementos nuevos, y sorprendentes, si bien se miran, en el comentario conclusivo de Jesús. Primero, Dios *hace justicia* a quien le ruega, *escuchándole. Atender a sus elegidos es un acto de justicia divino*. Segundo, el orante que persiste en su plegaria hace, además de una petición, un verdadero acto de fe. Rezar mucho, *rezar siempre, es creer*.

El último comentario de Jesús aporta una nota de grave advertencia, tan seria como inesperada (Lc 18,8). Tiene que sorprender, en efecto, que el mismo Jesús se pregunte – no está muy seguro, pues – si encontrará en la tierra esta fe, hecha de oración continua, el día de su retorno... En realidad, la respuesta afirmativa sólo la pueden dar discípulos que recen siempre, sin desanimarse, pues Jesús, cuando se lo preguntaba, no las tenía todas consigo.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Para inculcar la oración permanente en sus discípulos Jesús les narró la parábola del injusto juez y la viuda impertinente. Ya les había enseñado a orar, a petición, precisamente, de uno de ellos. Ahora les enseña que rezar no debe ser una ocupación ocasional, sino un quehacer continuo... y gozoso.

Aquí no se pide al discípulo que sepa rezar, sino que no acabe enseguida, cuando empiece a rezar; no que sepa las palabras y las horas, sino que éstas no conozcan final. Quiere Jesús quiere de sus discípulos que no se desanimen rezando; y puesto que no quiere ver en ellos desencanto, cuanto están hablando con Dios, les enseña, dice, cómo lograrlo. Habría que preguntarse por qué nuestra oración no llena de aliento y encanto nuestra vida. ¿Qué nos falta – o mejor, qué nos está sobrando – para que, en lugar de trabajo enfadoso e inútil ocupación, nuestra oración se convierta en tiempo feliz y experiencia inmejorable. ¿Por qué, si rezamos, andamos tan desanimados?

El ejemplo de la viuda impertinente nos habla, en primer lugar, de que para pedir sin tregua hay que sentir necesidad sin fondo. . Si un juez injusto es capaz de hacer justicia, en contra de su costumbre, ¿cómo no atenderá el buen Dios a quien le

ruega sin interrupción?, se pregunta Jesús, convencido como está de que Dios no dará largas a cuantos perseveraron en su plegaria.

Hace falta sufrir de total desvalimiento, como la viuda, para importunar a quien, por irresponsable, no es digno de la confianza que en él se ha puesto. La viuda insiste en su petición, no porque le merezca confianza un juez que ni temía a Dios ni le importaban los hombres, sino porque no tenía otra defensa. No hace falta ser justo para hacer justicia, si quien la pide no cesa en su requerimiento.; a base de fastidiar pidiendo, se puede obtener de un injusto juez lo que no se podría ni soñar. Con tal de librarse del continuo fastidio y de una posible agresión, el juez concede amparo a quien tanto ha insistido. Porque la viuda no se hartó de exigir justicia hasta verse escuchada, el juez tuvo que dársela.

Puede ser que aquí radique la razón de una escasa vida de oración: o no padecemos mucha necesidad, y tanto desvalimiento, o nos creemos con derecho a ser siempre escuchados sólo porque lo hemos pedido una vez. Si conociéramos mejor nuestra pobreza, no nos daría tanta vergüenza pedir tanto, hasta importunar, 'fastidiar' incluso, a Dios. Dura poco nuestra oración, porque es escaso el conocimiento que tenemos de nuestra debilidad.

Jesús parece indicarnos así una de las razones más frecuentes por las que nuestras oraciones son inútiles esfuerzos por lograr la atención de Dios: no insistimos bastante, no perseveramos apenas. Y es que nos desanima pedir algo varias veces, nos desilusionamos de un Dios que, aun conociéndola, desea que le repitamos nuestra necesidad; no soportamos bien que Dios retrase su respuesta, sólo porque nosotros ya le hicimos saber nuestra necesidad; no aguantamos que guarde silencio una vez que nosotros no nos callamos nuestros deseos. Desearíamos que, puesto que ya se lo hemos pedido, nos lo concediera sin dilación; por habérselo hecho saber, nos creemos con derecho a ser escuchados. En el comportamiento de la viuda impertinente y del juez injusto, Jesús nos ha señalado un método bueno, y una buena razón, para lograr una vida de constante oración.

Sólo porque se puso pesada, logró ser escuchada la viuda. No le importó saber que al juez no le importaba nadie: ella conocía su necesidad y eso le bastó para importunarle con insistencia; puesto que ella no podía liberarse de su estado, hizo saber al juez que no se liberaría de ella hasta que la atendiera; porfió, no porque confiara en el juez, sino porque desconfiaba de poder salir sola de su necesidad; porque necesitaba de un juez, acudió a él, sin importarle que no fuera suficientemente bueno; le dolía más su malestar actual que la mala conducta de su protector; y no dejó de molestarlo hasta que no le hizo, en contra su costumbre, justicia.

El método de la viuda lo querría ver Jesús hecho realidad en la vida de sus discípulos; pero nos haría falta sentir el desvalimiento y la necesidad de justicia que sufría la mujer para acudir con sus ruegos allí donde no se escuchaba; el discípulo de Jesús, como la viuda, tendría que ser tan consciente de su indignancia como para no tener que contar, además, con la bondad de Dios; le tendría que bastar su propia desgracia para atreverse a importunar a Dios, para no dejar de molestarle día y noche, para callarse sólo cuando Él rompiera su silencio, para dejarle únicamente si Él lo deja satisfecho. Quien no porfió en su oración, nos advierte Jesús, es que no conoce muy bien la gravedad de su situación o cree que puede liberarse de ella sólo y fácilmente. Quien se basta a sí mismo para librarse de su indignancia, le está sobrando Dios. Y tal es el riesgo que nos acecha, si no perseveramos en la oración.

Jesús no teme en comparar el injusto juez con el Dios el siempre Justo. Ante un Dios que parece no oír nuestra oración no es lo mejor callársela. El silencio resignado no es el mejor modo de llamarle a la atención (y de llamarle la atención): si Dios no se librara de nosotros, hasta que no nos liberara de nuestra necesidad, si no dejáramos de rezar hasta que Dios nos dejara satisfechos, si continuáramos hablándole hasta que nos atendiera, seríamos buenos orantes., porque oraríamos sin desanimarnos ¿Qué es lo que nos falta que tuvo de sobra la viuda, impertinencia o necesidad, osadía o desvalimiento? ¿Por qué no animarse a pedir sin tregua si Dios terminará, por fin, por hacernos justicia escuchándonos?

Para Jesús, y para cualquier oyente de la parábola, Dios es mas justo que el injusto juez. Pues bien, que la oración ininterrumpida termine con la resistencia de Dios a intervenir, que rezar a gritos, si es preciso, le lleve a no dar largas a quien le grita, que pedir intempestivamente le convence a hacer justicia sin dilación, es el mejor argumento que Jesús no podría dar que no cesáramos de orar. ¡Una vida de oración sin desánimos provoca en Dios la necesidad de hacer justicia!. ¿Quién lo hubiera pensado!

Jesús nos exhorta a no dejarnos desanimar por el aparente desinterés de Dios frente a nuestros problemas. Ante un Dios que parece no escuchar nuestra oración, no es mejor callársela. Guardando silencio le daríamos a entender que podemos arreglárnoslas sin Él. Si nos parece que Dios nos desatiende, no nos lo ganaremos de nuevo con nuestra resignación y silencio: si no se librara de nosotros, de nuestros gritos día y noche, hasta que no nos librase de nuestra necesidad, conseguiríamos ser escuchados. Dios sale de su silencio, si nosotros no entramos en él; no puede soportar por largo tiempo nuestra súplica, si es continua y esperanzada; siendo bueno, no se dejará aventajar por el juez injusto: nos atenderá por fin, si nuestra plegaria no ha tenido final; a fuerza de perseverancia, el orante se gana el favor de Dios y sus atenciones.

Pero para que Dios haga con nosotros lo que hizo el juez con la viuda hace falta, además de conocimiento de nuestra necesidad de Él, que nos sepamos 'sus elegidos' y que se la gritemos 'día y noche'. No puede ser sólo la necesidad y el desvalimiento, como fue en el caso de la viuda, lo que llevará a los discípulos de Jesús a orar a Dios; quien reza a Dios no pide sólo justicia, pide a Dios no porque tenga necesidad, sino porque se sabe su elegido, porque conoce su amor de

predilección, porque no le puede fallar quien lo ha separado para Él. Y si pasa un día sin ser oído, pasará la noche gritándole..., hasta que le 'haga justicia sin tardar'.

No es extraño que Jesús termine la parábola preguntándose si cuando vuelva encontrará entre los suyos tanta fe; son muchos los buenos discípulos de Jesús que no aguantan un leve retraso de Dios, una dilación en sus atenciones, un silencio un poco más largo que de costumbre; somos muchos los que no sabemos rezar sin desesperar, sólo porque no conseguimos lo que pedimos inmediatamente después de haberlo pedido. La convicción de que Dios está interesado en nosotros ha de ser mayor que los intereses que nos llevan a Él. Si perdemos la confianza en Dios, sólo porque no nos ha respondido sin dilación, hemos perdido la fe en él y la seguridad de contar un día con sus atenciones.

La vida de oración que produce desaliento en la vida cristiana puede surgir de la necesidad e impotencia en que vivimos, pero no nace, ciertamente, de la conciencia de saberse elegidos. Quien se sabe amado, puede gritarle a Dios, día y noche, sin perderle el respeto ni perder la confianza. Sólo cuando nos decidamos a importunar a Dios, sólo entonces habremos empezado a dejarle que resuelva nuestros problemas. Este modo de orar que no teme importunar a Dios es el modo de creer que Jesús teme no encontrar a su regreso. ¿Encontraremos en nosotros esa fe que no desespera, aunque no se le haya hecho justicia a la primera o se le retrase indefinidamente? ¿Nos encontrará el Señor animados gritándole a Dios, día y noche, cuando él vuelva?